

el teatro con el nombre de *Calderón de la Barca*, en la noche del 28 de setiembre de 1864...”.

1868.—“El 19 de octubre, a las 9 de la noche, la 7.^a compañía de la milicia nacional, a la cabeza su capitán Tapia, rompió las campanas de la Antigua; y al día siguiente se tiraron éstas a tierras y se llevaron a la casa de Fabionelli. Las campanas que se tiraron de la Antigua, fueron 8. Los individuos de aquella compañía continuaron rompiendo las campanas de iglesia en iglesia, pero no las echaron al suelo”.

1869.—“El 27 (de octubre), a las 3 y media de la tarde, un fuego horroroso incendió la iglesia de San Esteban, no quedando de ella más que las paredes”.

1880.—“En 8 de noviembre falleció en Madrid D. Miguel Iscar, alcalde 1.^o de Valladolid. Durante los dos años que desempeñó su cargo, se hicieron grandes mejoras en la ciudad; entre otras, los mercados y el arreglo del Campo Grande”.

Selección de
J. M.^a DE AZCÁRATE

LA CATEDRAL DE VALLADOLID: SU PASADO, SU PRESENTE, SU PORVENIR

I

Al público de la ciudad, a la información nacional, han trascendido las obras que se hacen en la Catedral de Valladolid. Obras de importancia.

Estas líneas se escriben en gracia a una información responsable y severa de lo que pasa en la Catedral.

El tema del escrito es el mismo que el tema de los planos, de las investigaciones y de las sorpresas a que ha dado lugar una firme y atenta mirada al problema actual de la Catedral de Valladolid.

Adelantamos unas notas generales y pasaremos a la información de detalle. La hemos tomado de la fuente directa del documento y no hemos vacilado en anticipar material inédito, que va quedando en reserva para lo que en su día se haya de escribir y publicar en monografía autónoma.

LAS DOS CATEDRALES

A la observación popular queda solamente la Catedral actual, la de Juan de Herrera, la finalmente dominadora, mitad triunfo y mitad fracaso. Pero no es aquí donde estamos actualmente con planos de trascendencia arquitectónica ni artística. Lo que se hace aquí es una obra de pura conservación material de todas las cubiertas del gigantesco edificio; obra siempre anodina, vulgar, de conservación de la casa.

Tampoco tiene importancia arquitectónica, aunque sí histórica, una segunda obra de construcción de interiores. La crujía que está sobre las capillas de la nave izquierda, la del Evangelio, y que asoma sus vanos y altas balconadas a la fea vecindad urbanística de la plaza de Portugalete, está edificándose en su interior para instalación moderna del archivo y de la biblioteca, con sus dependencias para el estudio, la investigación y la exposición permanente de fondos del archivo medieval y moderno. Esta sí es trascendente noticia para los investigadores, que hoy piden a la Iglesia les abra las puertas de sus archivos catedralicios.

Y no pasa más actualmente en la estática mole inacabada de Herrera; fábrica ambiciosa, dominadora, sin torres, sin crucero, sin fachadas laterales, que todavía adelanta hacia el público atrevidamente los muñones de su desnuda mampostería ciclópea, como un alto en el camino o como pregón definitivo del fracaso en su marcha que se prometía triunfal.

Por supuesto, nada hay sobre la primera Catedral que comenzó Carlos I en 1527, la de Diego de Riaño y Gil de Hontañón, gemela de las de Segovia y Salamanca, que llegó a levantar sus muros hasta doce metros, de un gótico de transición renacentista. Sobre esta naciente estructura de reminiscencia gótica, Felipe II situó después a Juan de Herrera; no puede sorprender lo que sucedió en ella. Herrera la enterró poniendo sobre ella la grandiosa estructura escurialense, que es la inacabada Catedral actual.

Tampoco estamos sobre esta enterrada estructura de Riaño y de Hontañón. No hay excavaciones en la Catedral nueva, ni tienen hoy objeto ni proyecto.

LAS DOS COLEGIATAS

En cuanto salimos de la Catedral nueva, ya nada es popular;

todo pertenece a una historia vieja, muy acariciada por los historiadores de la ciudad, sin trascender al pueblo.

Apenas avanzamos unos pasos, la Catedral nueva nos deja en el vacío. Unos escasos, aunque deliciosos, restos de la primera Colegiata románica del conde Ansúrez; unos espacios vacíos de la fina Colegiata gótica de San Fernando (eso es, de San Fernando); unos vestigios elementales del claustro gótico de Juan Nuño Pérez, capellán de la reina doña María de Molina y de Fernando IV. Sigue la sensación de vacío, porque las únicas dependencias góticas que se conservan, y que fueron brotando como apéndices de la devoción y del buen gusto particular detrás de las dos Colegiatas, han llegado hasta nosotros desfiguradas, desnaturalizadas y enmascaradas bajo toneladas de cal y canto, como "oficinas funcionales" de empresa modesta. El pueblo las conoce: la sacristía, los vestuarios, los almacenes.

Pues bien. De momento aquí es donde estamos. En las dos Colegiatas antiguas. Estas son las obras de la Catedral de Valladolid que tienen transcendencia arquitectónica, artística e histórica, como antes la tuvieron también litúrgica, funeraria y pastoral.

No se está "excavando", porque son dos fábricas yuxtapuestas, no superpuestas como las dos Catedrales.

Estamos "recuperando" de suelo arriba, no de suelo abajo.

Eso sí, estamos "descubriendo", porque ni las más ajustadas crónicas de la historiografía local permitirían orientarse en estas actuales estructuras externas, funcionales, de los "enterradores del gótico". Entrepisos, entrepaños, moles de relleno, tabicado y encalado impecable. Ha sido preciso hurgarle al edificio por todos los poros de su piel. Dos líneas más arriba he dedicado un adjetivo a los enemigos del gótico; no es impulso ni mal trato; se le dieron ellos a sí mismos con énfasis de honor y de hazaña. Me acojo a sus propias actas capitulares y al lápiz que ellos esgrimieron sobre el yeso.

Las destrucciones comenzaron en el siglo XVII por la capilla de San Llorente, la de las bóvedas "mudéjar", la de los grados universitarios; acabaron en el XIX, reinando Su Majestad católica don José Bonaparte; y todavía atraviesa en pie todo este XVII herreriano y escurialense la Colegiata misma, haciendo de Catedral, achicándose más a medida que subía y avanzaba hacia ella la mole renacentista. El segundo obispo de Valladolid, reverendísimo Acevedo, la dedica unas líneas de "sentencia sin apelación" y de "despedida", en su primera visita "ad Límina": "Es muy estrecha y no de buenos edi-

ficios. Ahora se hace de nuevo junto a ella una muy suntuosa; vase fabricando, aunque se tardará mucho en acabarse"¹. Esto es en 1601. Sentenciada ya por Herrera, como Bramante sentenció en el Vaticano a la Basílica Constantiniana del siglo IV, no la vio él destruída y la soportó con paciencia forzosa. Pero la tocó su turno y la llegó su hora. Antes cayó el claustro gótico del XIV, que todavía conoció en pie Antolínez a principios del XVII.

Sólo quedaron en pie las capillas posteriores, apéndice de la Colegiata, que fueron necesarias para guarecerse los canónigos y guardar sus cosas; pero ya en revestido funcional de cal y yeso. Este revestido desolador es el que está ahora desapareciendo para dar vista a la limpia transición románico-gótica del estilo cisterciense de Langedoc, o a las reedificaciones del gótico estable del XIV; rematadas por bóvedas de crucería como en las capillas de San Juan y de Santo Tomás, o de alfarje como la de Santa Inés, o bóveda y octógono en yesería mudéjar del XIV como la de San Llorente. En las escrituras originales de estas reedificaciones del XIV, el Cabildo Colegial "exige el estilo", pero deja opción a los fundadores para estas variantes del gótico en las techumbres. Estas bóvedas y hasta el alfarje se recuperan íntegros. Ahora en la tarea de recuperación, el archivo capitular nos devuelve con autenticidad los datos, el ambiente y hasta algo del calor humano y religioso de las primitivas construcciones o reedificaciones.

Celebramos mucho la circunstancia de la necesidad que animó a los canónigos del XVII a conservar estas piezas en pie, aunque destrozadas en su estructura; una artesanía actual de canteros, émula de aquella artesanía gremial, se encargará de lo demás.

Y agradecemos también esta conservación y ocultación. No sin ironía, que le apreciamos con indulgencia y con "devolución", escribió el arquitecto Chueca que "los cabildos catedrales han sido siempre muy conservadores, y eso tenemos que agradecerles todos los españoles, porque gracias a su testarudez han llegado hasta nosotros muchas de nuestras mejores catedrales". Nos hacemos cargo. No es pequeño mérito de esta testarudez conservadora el que hayan sobrevivido al Renacimiento y a El Escorial, las fábricas góticas de Burgos, de Toledo y de Sevilla, por hablar de las catedrales fernandinas gemelas, en cuanto a su origen, de la Colegiata vallisoletana de

¹ "Archivo Vaticano", "Arch. de la Congr. del Conc.", "Relationes dioeclesanae Vallisoletan". 1601.

San Fernando. La verdad es que una misma pasión movía la mano, la piqueta o la intención; en Valladolid se empleó sobre una modesta iglesia colegial; en Burgos o en Toledo había que arañar al coloso. Era el Renacimiento, que en un guiño histórico, devolvía a los ostrogodos, en la misma moneda de pico y pala, la destrucción de lo helénico-romano que éstos hacían a su paso. No fue en éstos su incultura ni en aquéllos su empinada cultura; en unos y en otros fue la pasión, tanto más dominante cuanto es de más alta distinción el mástil donde se enrosca, en los sentimientos superiores estéticos de Juan de Herrera o de Madero, en su gusto cultivado, exquisito, dominador e intransigente.

Pasemos a hacer algunas concreciones sobre estos espacios y edificaciones que son objeto de las obras actuales en la Colegiata.

II

Eran necesarias las generalidades anteriores para información particular de las próximas líneas. En ellas van a ser aludidas tres construcciones que ya no existen: las dos colegiatas yuxtapuestas y el claustro gótico del XIV. A continuación irán más detalladas de información las piezas arquitectónicas existentes, descubiertas y que están siendo objeto de restauración. De este modo dejamos comprendido en este estudio informativo el plano entero de restauración que ha confeccionado la Comisaría del Patrimonio Artístico Nacional en la Dirección General de Bellas Artes y que lleva por título: *Colegiata de Santa María, de Valladolid*.

LA COLEGIATA PRIMERA, DEL CONDE ANSÚREZ

Siglo XI. En 1074 recibía don Pedro Ansúrez el señorío de Valladolid. Muy poco después comenzaba la construcción de una iglesia, de estilo románico, que estaba terminada en 1080. En esta fecha ha traído ya de San Zoilo, de Carrión, al primer abad de un Cabildo colegial de canónigos, don Salto, su colaborador en la obra y en la organización del Cabildo. En 30 de marzo de 1080 hace el conde Ansúrez donación "de la iglesia de Santa María, cerca del río Pisuerga, en la villa que llaman Valladolid, iglesia que hemos fundado con buena parte de nuestra hacienda y que tú has edificado con nuestra ayuda" (Archivo capitular, leg. 18, número 2). En 1095 tiene lugar la dedicación de la iglesia, y en su testamento el conde la deja bien

dotada. De esta iglesia se conserva y será restaurada la torre, gemela de la de la Antigua y anterior a ésta.

LA COLEGIATA SEGUNDA

En el primer cuarto del siglo XIII, de 1219 a 1230, es abad don Juan Domínguez, canciller del reino en sustitución del arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, e íntimamente ligado al rey Fernando III el Santo. De haber sido Valladolid obispado, hubiéramos tenido entonces el comienzo de una más entre las catedrales fernandinas. Como iglesia colegial se construye una nueva yuxtapuesta a la románica del conde Ansúrez. Se conservan las dos portadas, que son argumento arqueológico suficiente del estilo cisterciense de Langedoc, contemporánea del monumento clásico de este estilo en Castilla, el Monasterio de Valbuena de Duero. Uno de los más deliciosos hallazgos de estos días relativo a esta iglesia es su portada de la parte del claustro, de la que no había el más ligero vestigio exterior, y de la que nos ocuparemos más adelante.

EL CLAUSTRO GÓTICO

En 1318 se firma la escritura que autoriza a don Juan Nuño Pérez, abad de Santander, para hacer "de nuevo la claustra desta Iglesia", respetando las sepulturas del claustro viejo, "de cimientos, de paredes, de techumbre en aquella manera que el prior e el sacristán e Alvar Pérez la tractaron con el dicho abad" (Legajo 16, número 38).

Este abad de Santander, don Juan Nuño Pérez, era dignidad de arcediano de Campos en la Catedral de Palencia, y hace nuevas donaciones para completar el bellissimo claustro, que todavía conoció Antolínez a principios del XVII, como uno de los más bellos de España en su género. Fue derribado en el mismo siglo XVII, y de él se conserva la capilla terminal, que desemboca ya en la de Santo Tomás, actual sacristía, y que es la misma antesala capitular actual. En el mismo día en que esto escribo, están saliendo de entre los rellenos de mampostería que lo cubrieron en el XVII las estructuras de sus bóvedas en crucería, los capiteles góticos en buen estado de conservación y dos finísimas esculturas murales de ángeles alados.

Dejamos anotadas las tres piezas arquitectónicas en que actualmente se emplean las obras de restauración: la Colegiata románica

de fines del XI, la Colegiata gótica de principios del XIII y el claustro gótico de principios del XIV.

Veamos pieza por pieza. Hoy ya nos orientamos en estas dependencias. El archivo capitular nos va situando en ellas en una trasposición histórica de siete siglos atrás con autenticidad de hechos, de nombres y de ambiente. Seguiré un orden en la exposición de los hechos; el que se ha seguido en las restauraciones sucesivas.

CAPILLA DE SAN BLAS Y DE SAN JUAN EVANGELISTA

Ya podemos, tardíamente, llamarla por su nombre. Se la ha llamado, porque lo era, "el Oratorio". Ultimamente, para entendernos, la hemos llamado capilla del tesoro. Pieza muy visitada, en busca de la custodia de Arfe y demás objetos de valor de la Catedral, puestos detrás de una reja de forja muy familiar... en el hueco de la torre románica. Por aquí empezó la restauración. La piqueta restauradora nos devolvía una bóveda de crucería, una deliciosa ojiva y las series simétricas de arcosolios, que son comunes a toda esta galería de capillas comunicadas entre sí, de un gótico de sabor al XIV. En efecto. Construyó esta capilla desde sus cimientos, en 1333, don Juan Rodríguez, arcediano de Campos en Palencia y canónigo colegial en Valladolid. "Damos a vos el dicho arcediano el suelo que es en fondo de dicha Iglesia tras la torre vieja, que es en linde, de una parte, la capilla de Santa Inés, et de otra parte, la capilla de Santo Tomás, que cayó" (Legajo 17, número 42). Ya sabemos dónde estamos y el nombre de la capilla que ha sido hasta ahora sacristía, bien conocida y popular: capilla de Santo Tomás. Caída entonces, se reedifica diez años más tarde, como veremos después al tratar de ella. Más datos: "Yo (Iohan Rodríguez), que fice capiella de piedra a honor de sant Blas e de sant Iohan apóstol e evangelista, a los piés de dicha Iglesia, tras la torre vieja"; "la entrada a la dicha capilla por la dicha Iglesia, so la dicha torre" (Leg. 16, núm. 42). La entrada natural de la torre fue cerrada por el lado que daba a la Iglesia, dejada abierta por el lado de la nueva capilla, y abovedado artificialmente el hueco de la torre para seguridad del tesoro. Hoy ha quedado todo identificado. Así, pues, tiene esta capilla del XIV un muro de la antigua colegiata románica, el cuadro de la torre, asimismo románica, y un engaste de muros para la nueva estructura gótica. Está ya completamente restaurada.

CAPILLA DE SANTA INÉS

A continuación de la anterior, en el ángulo de la Colegiata, sus dos ojivas, con parteluz y cuatriglifos, miran la una a Portugalete, la otra a La Antigua. Cuando se despejen sus exteriores, cambiará de aspecto ese espacio de Las Cabañuelas.

En esta capilla no se orientará el pueblo. Su destino para almacén de viejo, el tabicado casi total de sus arcosolios y el sobretecho de tablas toscas que ocultaba el artesonado, impedían adivinar la esbeltez y belleza de esta capilla.

De principios del XIV o de fines del XIII, no es su fundador Alonso Cabezas, como dice la inscripción del arcosolio de su sepulcro. Se le llama fundador en los documentos a partir del XVI. Alonso Cabezas hace testamento en 1557. El había solicitado edificar a su costa una de las capillas de la Catedral nueva de Diego de Riaño y de Gil de Hontañón; le habían ya adjudicado una al lado de la destinada para la familia del canónigo Santisteban (Leg. 12, núm. 12). Pero ésta es la Catedral que sólo levantó sus muros doce metros sobre el suelo, derribada por Herrera y sobre ella construída la actual. En tanto se edificase la nueva, se adjudicó a Alonso Cabezas, como fundador, la capilla medieval gótica de Santa Inés. Allí se le dio sepultura y sobre ella se colocó una estatua yacente, no hecha para ese sepulcro; gótica; procedente sin duda del claustro viejo o incluso del nuevo aún no derruído.

Con documentos del XVI en adelante nos hubiera desorientado la denominación constante de "Capilla de la Concepción" que se da a ésta de Santa Inés. Y es que en 1597 trasladaron los canónigos a esta capilla con más honor una imagen de la Inmaculada Concepción que estaba en una pobre urna de madera junto a la pila bautismal de la Colegiata (Leg. 17, núm. 35). Hicieron algunos pequeños destrozos en los arcosolios de la capilla y allí colocaron la imagen, que va unida a la historia concepcionista del Cabildo de Valladolid.

Se ha recuperado casi entero el alfarje que estaba oculto detrás del sobretecho de madera. Esta capilla está en parte restaurada. El tabicado de su estructura era muy superficial y nos la ha devuelto en buen estado de conservación, cual ninguna otra de las piezas que están siendo objeto de restauración.

CAPILLA DE SANTO TOMÁS

La fijación de límites del solar que dio el Cabildo para construir la de San Juan Evangelista, sitúa a esta capilla a la izquierda del solar; a la derecha, la de Santa Inés. Todas en línea recta delante de la torre románica del conde Ansúrez.

Al construirse la de San Juan se daba a esta capilla por caída o en estado ruinoso. Diez años después, en 1341, se reedifica esta capilla de Santo Tomás por García Pérez de Valladolid, alcalde del Rey, a quien el Cabildo señaló el estilo y materia de la construcción, dejándole opción para las techumbres, que él hizo de bóveda de crucería (Leg. 5, núm. 45).

Esta es la sacristía que el pueblo ha conocido, que lo era todavía en el mes de junio cuando comenzó la restauración por las vecindades de ella, y que ha dado paso a su primitiva estructura en el mes de setiembre de este año. Es una de las piezas más destrozadas que nos han llegado. El Cabildo en 1809 hizo un alarde de su sentido neoclásico de la arquitectura religiosa y de su postura inconciliable con el gótico. En un "cabildo extraordinario" celebrado el 20 de abril de 1809, se daban amplias facultades al lectoral para que llevase a cabo el proyecto de reforma de esta capilla, que ya era sacristía, a base de hacer desaparecer su estructura gótica del XIV, la que le dio el alcalde real García Pérez en 1341, y sustituirla por un tabicado funcional repintado en tonos verdes y ocre de motivos neoclásicos de harto dudoso gusto. ("Actas capitulares, 1806-1816, fol. 80 v.). Al levantar y desmontar las muchas toneladas de material de destrucción y relleno de esta capilla aparece una estructura en todo semejante a los bajos de su vecina la de San Llorente, pero con bóveda de crucería. Queda adosada al muro posterior de la Colegiata románica, con acceso a ella por una sencilla portada gótica de doble archivolta y capiteles góticos del XIV, abierta en un gigantesco arco apuntado. En esta capilla de Santo Tomás desemboca la única pieza que se ha conservado del claustro nuevo del siglo XIV; pieza esta última que ha aparecido como una revelación de extraordinario interés, como se verá seguidamente.

III

CAPILLA DE SAN LLORENTE

Recuperamos entera la Capilla de San Llorente. Y es algo decir para la historiografía local. Lo mejor de las páginas dedicadas a la Colegiata de Santa María, de Valladolid, se dedicó a esta soberana pieza del gótico y del mudéjar del XIV.

Hasta el mes de junio de este año de 1961 teníamos la impresión de habitar en el espacio donde estuvo esta capilla, pero no en la capilla misma. Un entrepiso construido en 1634 la dividía en dos de arriba abajo. Una tabicación posterior partía la pieza en dos en el espacio inferior. El consabido relleno o la tabicación superficial presentaban los paños lisos, enyesados, encalados. La cajonería isabelina del XIX, del vestuario de canónigos, animaba aquella simple decoración del tabicado blanco.

Solamente estaba entera la parte alta del entrepiso. Y allí la biblioteca desde 1634. Las escasas personas que por necesidad o por incidencia hubieron de necesitar subir allí eran las que conocían la parte alta de la capilla de San Llorente, con dos gigantescos arcos góticos, la bóveda y octógono mudéjares intactos; y los dos vanos altos, un óculo gigantesco y una ojiva, recuadrados de mampostería y convertidos en sendos rectángulos funcionales de salida a un balcón o a la simple ventana de luz.

En junio y por esta pieza comenzaba a actuar en nuestra Colegiata inédita la Dirección General de Bellas Artes.

Los primeros sondeos de piqueta en los interiores dieron por resultado la recuperación completa de toda la estructura interna de la capilla de San Llorente, constituida por arcosolios laterales y frontales.

Ya importaba menos el deplorable estado en que nos llegaban los maltratados arcos, capiteles y ménsulas. La capilla entera estaba a la vista.

Vamos a identificarla dando un paso atrás a los documentos del XIV. Estos nos lo van a explicar todo; incluso esa cierta superposición de estructuras de época diferente.

Esta que hoy recuperamos, la que conocieron nuestros cronistas del XVII hacia acá, es reedificación de 1345 y nos la describe la escritura original (Leg. 4, núm. 11).

¿Desde cuándo existía? No he encontrado documentación alguna del XIII sobre nuestra Colegiata. Ya vendrá, creo yo, con el tiempo. En 1345 se dice ya que “en otros tiempos estudio fecha la capiella de sant Llorente, contra la claustra desta dicha eglesia”; “et agora la dicha capiella estava derribada de manera que non avía en ella pared enffiesta nin altar”.

Entonces se presentan al cabildo colegial dos magnates de la corte de Alfonso XI, los hermanos Pedro Fernández y Juan Gutiérrez (éste, “hermano del dicho Pero Ferrández”), y quieren reconstruir la capilla con su antigua advocación de San Llorente o San Lorenzo, y una segunda advocación, la del Corpus Christi. Esta antigüedad y esta atribución tiene esta pieza litúrgica como capilla del Corpus en la Colegiata. Este es el llamado “Pedro Fernández de la Cámara” hasta en los epígrafes archivísticos de los documentos; pero del que yo no he visto más que “Pero Ferrández, de la cámara del Rey...”.

Otra finalidad estaban dispuestos a dar los nuevos fundadores a la capilla: la de Sala Capitular para el cabildo, porque “ya antiguamente en los tiempos passados acostumbravan ffazer su cabildo en la dicha capiella” y así debían continuar en adelante. Por donde conocemos la alta función que tuvo esta pieza arquitectónica ya desde el siglo XIII hasta el XVIII: la de Sala Capitular.

El cabildo les deja opción para hacerla de bóveda o de artesonado. Vemos hoy que eligieron bóveda, y no de crucería, sino de yesería mudéjar en la variante de bóveda y de octógono, que han llegado intactos hasta hoy.

Para una obra tal y para sepulturas de los fundadores y de sus familiares les concedía el cabildo los cinco arcosolios del nuevo claustro, construído veinte años antes, y que constituían el límite de costado de la reedificación de San Llorente. Es muy estimable este dato documental, porque en estos mismos días acaba de descubrirse el arranque de uno de estos arcosolios, que ya nos permite asegurar que todo el muro derecho de la actual sala capitular está construído por estos cinco arcos-sepulturas, que en 1345 cedió el cabildo a los fundadores de la capilla de San Llorente y que van yuxtapuestos a los nuevos cinco arcosolios que construyeron los reedificadores de la capilla.

Estos cinco arcos terminales del claustro del XIV quedarán por ahora sin descubrir enteramente si hemos de respetar de momento la pieza artificial de la actual sala capitular. Pieza ajena a estas

estructuras góticas y que desde ahora queda bastante comprometida.

Creemos que pocos días después de la publicación de estas líneas habrá sido derribado el entrepiso de la capilla de San Llorente, una vez restaurados todos los elementos de su parte superior, y podremos ya admirar los interiores completos de esta magnífica pieza.

Si las realidades y objetivos prácticos de hoy coincidiesen con la trayectoria histórica de cinco siglos, entonces pudiera hablarse de nuevo de esta capilla como suntuosa y señorial Sala Capitular del Cabildo Metropolitano, como lo fue del Cabildo Colegial y después del Cabildo Catedral hasta el siglo XVIII. Una rica sala enriquecida de otras piezas ornamentales de época de las que hoy están viniendo de distintas partes de la diócesis y provincia.

Por otro nombre en los historiadores y cronistas, ésta es la también llamada *Capilla de los Mansos* ("Cronicón de Valladolid" o "Diario del doctor Toledo"). Familia ésta muy vinculada a esta capilla y a su cofradía del Corpus Christi, sobre la cual no podemos extendernos aquí. Pero sí indicar una histórica vinculación académica de esta familia con la capilla de San Llorente: Juan Manso "el de la Universidad" (ALCOCER: "Historia de la Univ.", II, p. 15) está relacionado con la utilización de esta capilla para la colación de los grados académicos de la Universidad, función que cumplió esta pieza, al menos hasta el siglo XVII. Dentro de unos meses estará totalmente restaurada. Una solemnidad de colación de grados académicos en la capilla de San Llorente sería altamente sugeridora.

Y sobre esta capilla de San Llorente se impone aquí un difícil punto final. Los múltiples aspectos que ofrece, ricos de documentos, serán la materia de otros trabajos y publicaciones.

LA PORTADA DE LA IGLESIA COLEGIAL

Uno de los más sorprendentes hallazgos del pasado mes de setiembre ha sido el de la portada segunda de la Colegiata gótica por el lado del claustro. Sorpresa, porque de ella no quedaba noticia histórica alguna ni resquicio de albañilería que hiciese sospechar su existencia. ¡Tan ajustadas quedaron para hacerla desaparecer al exterior las seis o siete toneladas de materiales de relleno que nos la habían ocultado desde quién sabe cuándo! Probablemente tuvo lugar esta labor de relleno y ocultación en el siglo XVII al ser derribado el claustro gótico del XIV, que tenía entrada a la Iglesia Colegial por esta deliciosa portada. Esta capilla terminal del claustro,

en la que ha aparecido la portada dicha, es la actual antesala capitular. De la portada artística sólo quedaba un hueco preciso para encuadrar una puerta vulgar que daba acceso al "cuarto del chocolate" (respetemos esta denominación, que tiene rango de archivo y de actas capitulares) y a la oficina de contaduría.

No hay documentación sobre esta portada. Sabemos que la Colegiata tenía dos entradas y conocíamos solamente una: la del lado de las Cabañuelas, conservada hoy en una estancia que sirve de almacén de viejo. Y tan gemelas ambas portadas, que la una ha servido para ilustrar a la otra. Mejor conservada la actualmente descubierta, con cuatro capiteles románicos en buena conservación que servirán para restaurar los de ambas portadas.

La ahora descubierta es la confirmación clarísima de un estilo, de una época y hasta de unas fechas artísticas. Es un delicioso gótico de transición, cisterciense, languedociano; gemelo asimismo del Monasterio de Valbuena. Es la fábrica del abad y canciller de San Fernando.

La aparición de esta portada señala ya en firme la recuperación para Valladolid de un patrimonio gótico de principios del XIII, agazapado con timidez todavía y con temblores a las faldas del coloso herreriano.

VICENTE RODRÍGUEZ VALENCIA

UN SAN PEDRO DE ALCANTARA, DE MENA, EN LAS BRIGIDAS

Se trata de una bella escultura, de madera policromada, que mide 0,72 m. de alto, sin contar aureola ni peana. Viste el santo hábito franciscano, remendado, y ciñe su cintura una cuerda, que sustituye al cordón de la orden. Talla y policromía traducen fielmente la calidad burda y áspera del paño. Ligeramente avanzada la pierna izquierda, asoman bajo el hábito los pies descalzos del santo. Está en actitud de escribir al dictado de la inspiración divina, con el libro en su izquierda y la pluma en la derecha. En el libro, imitando los caracteres manuscritos, se lee: "Finalmente todo ha de ser causa pa(ra que) te vayas a Dios sin que nadie te d(etenga) en el Camino...". El canto rojo del libro y los cierres, constituídos por pequeños cordoncitos, acentúan la profunda nota realista de esta imagen.